

PREFACIO

Este libro tiene como origen un deseo de los autores largamente pospuesto: hacer una historia de la ciudad de Buenos Aires que, sin abandonar la rigurosidad de las fuentes, fuera accesible al más amplio público lector. No sólo por el atractivo que tiene la gran urbe porteña sobre todos los argentinos (y cada vez más sobre los extranjeros), sino porque, quiérase o no, por Buenos Aires ha pasado y sigue pasando la historia del país.

Nuestro objetivo no es, entonces, dedicarnos en forma exclusiva a realizar un análisis y descripción de los acontecimientos que vivió la ciudad y le interesan principalmente a ella, aunque éstos constituyan una parte fundamental del contenido del libro. Queremos destacar también aquellos episodios que le pertenecen por ser la capital del país, sede de dos poderes: uno propio y otro de la nación en su conjunto.

Hemos procurado, en la medida de lo posible, abarcar todas las dimensiones ciudadanas: lo político, lo económico, lo social y lo cultural. El libro trata esta variedad de aspectos, estrechamente vinculados en la realidad, en el curso de cada etapa histórica, a fin de conocer la multiplicidad de facetas del quehacer porteño y sus diferentes proyecciones.

Sus protagonistas pueden ser, además, porteños de nacimiento o por adopción; personalidades conocidas o muchedumbres anónimas; hechos de la urbe misma o que la trascienden; expresiones políticas, creativas o de cualquier índole que por una u otra razón tienen un lugar propio o una caja de resonancia en Buenos Aires. Por eso, en ocasiones, sobre todo en el ámbito cultural, en el que incluimos lo deportivo, los límites son mucho más amplios, porque en la proyección internacional del país respira siempre Buenos Aires. Las antenas de la ciudad vibran con lo que le pasa en el mundo a cualquier argentino que se destaque por sus obras o valores, sin que ello implique una apropiación indebida de los que no son de origen porteño.

Nuestra mirada no es tampoco cualquier mirada. El país y la ciudad han pasado por situaciones críticas. Los polos de riqueza y pobreza, la violación de los derechos humanos, el arrasamiento de las libertades públicas y de la democracia; justifican un enfoque atento a revelar las injusticias y privilegios y presto a restaurar la verdad histórica, a menudo alterada. Pero, también, a resaltar los aspectos positivos, los innumerables logros de ciudadanos, dirigentes, movimientos populares o instituciones que, desde la ciudad, han aportado sus trabajos, sus saberes o sus vidas a la comunidad.

Por supuesto, no pretendemos abarcar todos los temas ni a todos los personajes. Sin duda, algunos habremos olvidado, pero los errores pueden subsanarse en próximas ediciones.

Alguien dijo que esta ciudad existe por el fervor de sus devotos. Esperamos que este libro sea un signo de esa devoción.

Por último, los agradecimientos.

Debemos agradecer, ante todo, al equipo técnico que colaboró con nosotros con verdadero esfuerzo, talento y dedicación: Federico Bekerman, Agustín Crivelli, Julián D'Angelo, Cecilia Fumagalli y Ricardo Vicente.

A Roberto Felletti, que desde la Fundación de Banco de la Ciudad de Buenos Aires, comprendió la necesidad de que los porteños cuenten con un libro que refleje su historia, y nos dio un primer y gran impulso para realizarlo cuando parecía nada más que un sueño borroso.

A Claudio Ramos, que con su simpatía y desenvoltura nos allanó todos los obstáculos posibles.

De nuevo a Ricardo Vicente, que colaboró en la supervisión; a Diego Arguindeguy, que estuvo presente en cada coma de la edición final, y a Ari Lijalad, que ayudó con el laberinto bibliográfico.

A Paula Pérez Alonso, que creyó en nosotros.

Al CONICET y a la Universidad de Buenos Aires que facilitaron nuestra labor, una parte de la cual se realizó en el marco de proyectos de investigación.

Y finalmente, a Buenos Aires, nuestra ciudad, testigo de una gran amistad que nació al calor de la defensa de su cultura y de sus valores éticos y humanos.

Mario Rapoport y María Seoane

INTRODUCCIÓN

La ciudad de todos

Buenos Aires no es sólo una ciudad: es un mito clavado en el corazón de los porteños, aunque también de muchos provincianos y extranjeros. Aldea que Juan de Garay, siguiendo instrucciones, trazó con perfectas simetrías y medidas, olvidando los antiguos vericuetos de ciudades españolas y europeas.

Ciudad en que la mayoría de las calles llevan nombres de personas y combates. Así podemos recordar, junto a próceres o figuras significativas, a poderosos oligarcas, remotas batallas o, lo más frecuente, políticos, militares, clérigos y doctores en gran parte desconocidos para nuestros contemporáneos, sin obviar los virreyes coloniales, salvo el que dicen se llevó el tesoro. Tanta memoria –la avenida Rivadavia obliga a duplicar los recuerdos para un lado y para el otro- es un homenaje que debemos rendirle a la ciudad o un precio que es necesario pagar para vivir en ella. Si a Manhattan le gustan los números es cosa suya, aunque París nos gane en resonancias poéticas. No es lo mismo una calle que se llame “del gato que pesca” que otra con el nombre de un doctor o un general, seguramente más conocidos que el gato pero por sus familiares cercanos. De todos modos, todo termina en la Plaza de Mayo, donde convergen los sueños, los arrebatos y las pesadillas del país.

En Buenos Aires sólo es posible perderse por los nombres o por haber tomado un poco de buen vino –o mucho-, pero no por no saber dónde termina una cuadra ni cuánto mide: cerca de cien metros al menos. Tampoco por ir de casa en casa o de edificio en edificio tocando los timbres a lo yira-yira, en lotes con frentes de un ancho similar y monótono. Salvo los que se duplican o triplican, los palacios públicos y privados, o las grandes torres que se apoderan del espacio y del sol de sus vecinos. Ni siquiera desorienta meterse en una de aquellas casas o edificios y caminar, si todavía es posible, los igualitarios y rigurosos metros hasta el fondo, donde uno se topa inevitablemente con el pulmón de manzana, esa especie de *airbag* criollo.

Este damero en cuadrículas tiene, claro está, algunas excepciones: como Palermo Chico, donde viven gente de fortuna o diplomáticos de pasaje; las laberínticas rotondas de Parque Chas, aptas para habitantes inmunes al mareo; el futbolero barrio River, tan vueltero como peatonal los domingos de partidos, o el renovado Puerto Madero, un country urbano para los que gustan alejarse de los demás aunque no puedan

hacerlo de ellos mismos. Pero en casi toda la ciudad, cualquier esquina es también un sitio de encuentro por si aun así alguien se pierde.

¿En qué gran ciudad las calles o los terrenos baldíos de los barrios fueron alguna vez canchitas de “fulbo”? ¿Y dónde las veredas no resultaron nunca propiedad exclusiva de los peatones sino también escenarios de mate y silla en los que porteños ya amortizados solían mirar el espectáculo de la vida antes de que existiera la televisión y aun después? En cambio, Los Ángeles, megalópolis sin veredas, o París, con muchas vereditas estrechas, son ciudades, o para vehículos, o para paseantes que desfilan de a uno como en las pasarelas. Buenos Aires se da todavía el lujo de que una parejita se abraza al aire libre y aun así pueda sentir el aliento de uno o más transeúntes bicheando curiosos sin dejar de parecer apurados, con una escenografía de paredes colmadas con la exuberancia del lenguaje cómico, onírico, intolerante o procaz.

La ciudad es también un artilugio, una verdadera isla entre el río inmenso y la pampa más interminable aún. Desde cualquier avión se pueden ver, sin solución de continuidad, las aguas color de león, la selva de cemento y un jardín con horizonte inamovible manchado de vacas comiéndose el pasto. Más que porteños somos isleños. A pesar de tener la tierra firme a nuestras espaldas, para la gran mayoría de los que viven en la ciudad la pampa húmeda les es totalmente ajena.

Buenos Aires tiene además un olor: el del asado, que la inunda en los domingos con sol. Y tiene una historia que sus habitantes suelen desconocer casi en una magnitud semejante y opuesta al enciclopédico conocimiento que poseen del fútbol, ese apasionante deporte expropiado a los ingleses sin que éstos se dieran cuenta: los porteños hicieron de la pelota un trapo y del pelotazo un sutil pentagrama de taquitos y paredes e inventaron algo que verdaderamente vale la pena.

Pero sí, tenemos una historia. Es un racimo poco estructurado de hechos, viejos adoquines y baches centenarios en el que intervienen multitudes, líderes adorados para unos e innombrables para otros y pícaros profesionales de la política y los negocios. Aunque a Buenos Aires no la recordamos sólo por ellos. La eterna sonrisa de Gardel nos parece igualmente importante, la cúpula de las Galerías Pacífico nos trae a la memoria la de la Capilla Sixtina aun cuando la contemplemos en medio de la banalidad comercial, Palermo representa nuestra selva ciudadana, los cafés más humildes asemejan lugares calentitos y humeantes como cualquiera de sus símiles parisinos, la calle Florida nos permite creer que tenemos el turismo de cualquier ciudad europea, y

las mujeres y los hombres porteños lucen siempre increíblemente atractivos/os para las furtivas o descaradas miradas femeninas y masculinas.

Buenos Aires tiene una historia singular. Se fundó tres veces y en la primera llegaron a comerse por hambre a algunos de sus habitantes. Luego vino la segunda conquista, en su mayoría de criollos, no de españoles, que descendían de la región entonces más civilizada del Paraguay. Nadie confiaba mucho en una ciudad que no podía tener puerto propio y en la que había que mojarse los pies para llegar a pisar tierra. Pero el barro inicial se transformó pronto en oro y plata, que arribaban del norte con huellas del sudor y la sangre de los indígenas. Se había encontrado un lugar de salida más accesible para satisfacer las codicias de los conquistadores: de los españoles que gastaban y de los ingleses que acumulaban vana a saber por qué (después lo supimos). Trajeron también esclavos negros que primero se usaron como sirvientes de los nuevos ricos, luego para defender la patria a costa de sí mismos y, finalmente, para dejarnos sus reminiscencias del candombe al tango y en algunos rostros ya blanqueados pero de estirpe africana. Los ingleses quisieron invadirnos pero todavía no habían inventado sus deportes más populares y no supieron convencer ni a la plebe desconfiada ni a nuestras confiadas elites, que finalmente se decidieron a echarlos con tropas de pobres o de negros. Hasta tribus indígenas vinieron a ofrecer sus lanzas contra los invasores: fue un servicio que el Cabildo rechazó con cierta amabilidad discriminatoria.

Y llegó el momento de dejar de ser colonia. Con paraguas o sin ellos, con escarapelas o pequeños lazos de color, con apoyo popular y milicia criolla y, sobre todo, con el fulgor de un puñado de próceres que terminaron perdiendo sus vidas o vieron trancos sus ideales mientras devenían dueños del poder comerciantes afortunados, grandes terratenientes o políticos y militares inescrupulosos. Sólo les dejaron para su consuelo el nombre de algunas calles y la memoria empecinada e imborrable de sus glorias. Al fin Buenos Aires se convirtió en la Gran Aldea. Pero en vez de gente dispuesta a convivir en conjunto tuvo a mazorqueros y a “salvajes unitarios” que se odiaron mutuamente hasta el delirio. El país terminó por constituirse cuando empieza este libro, pero ni siquiera en la ciudad de entonces sino en un lejano suburbio llamado Belgrano –donde se aceptó finalmente que fuera la capital de la República-, hoy gran muestrario de negocios, clases medias, torres y residencias de lujo. Hubo que aceptar a ese suburbio en la ciudad y ganarle tierra al río para evitar que nadie rodara cuesta abajo por sus barrancas y se hundiera en el fango.

La Gran Aldea, entonces, dio paso a Babel: fue la tercera fundación –esta vez, en el imaginario social- con inmigrantes europeos de extraños lenguajes o acentos, que vinieron a hacerse la América y sólo pudieron ganar algún espacio en la “gran Argentina”, esa del trabajo incesante, la plata escurridiza, los hijos “doctores” y una fusión de parejas que hoy permite a cualquiera tener otra nacionalidad, como para poder volver en cualquier momento a un país que ya no le pertenece. Eso sí, sin dejar de ser fanático del club de sus amores, ya sea que puntee en Primera o nunca haya ascendido de la D. Sin dejar de extrañar sus olores, sus sabores, ese espíritu caótico que da la idea de que siempre se es joven, de que siempre es necesario volver a empezar.

Fue en ese magma babélico que comenzó la historia que narramos en este libro. Buenos Aires se fue transformando en lo que es hoy: un elefante con gran trompa en el frágil bazar argentino. Una ciudad de poder y apetencias, de lujos y miserias, de empleados presurosos y ejecutivos sin horarios, de estadios gigantescos que saltan con las hinchadas sin que eso se considere un terremoto de grado 7, de vidrieras suntuosas, parejas apasionadas o a punto de separarse, subtes que nunca terminan de construirse, enclaves de miseria, taxistas con pensamientos autoritarios, estudiantes o piqueteros en son de protesta, desnutridos chicos de la calle, cartoneros minuciosos y parlamentarios de interminables discursos o adormecida presencia.

También de edificios apergaminados o ultramodernos, techos a la francesa o a la italiana para recordar mejor a Europa, calles atiborradas de autos donde conductores solitarios prefieren manejar en fila india antes que caminar rápido, deportistas por aquí y por allá –o señores y señoras corriendo para evitar infartos o quitarse el exceso de kilos-, barrios callados o ruidosos, cacerolas en desuso que pueden volver a usarse en cualquier momento, madres con pañuelo blanco recordando el espanto, tango callejero para ilustrar a turistas embobados, carteristas al acecho, colectivos estrafalarios y de colores brillantes que sirven para distinguirlos de la multitud grisácea, inseguridad y violencia en medio de la metrópoli indiferente. Fábricas que fueron potentes; barriadas obreras ahora abandonadas. Escuela de cadetes que devinieron campos de concentración y luego museo de la memoria. Edificios con setenta balcones y ninguna flor o con un solo balcón, el central, el de las palabras para la historia que mira hacia la Plaza de Mayo.

Buenos Aires es nombre y palabras que no se rinden: un cacho grande de cultura; de librerías y teatros –dos por cada día del año-; de música por doquier en gran parte propia; de una Universidad que le pertenece y desborda de estudiantes y

profesores, y un sinnúmero de instituciones académicas donde se enseña de todo, hasta el tango. Ciudad que puede reconocerse, para bien o para mal, por el signo distintivo de un obelisco blanquecino e inútil o por el olor penetrante de un Riachuelo cuyas aguas parecen petróleo y ocultan barcos misteriosos, quizás aquellos mismos que pintaba Quinquela. Una ciudad, en fin, con la delicia de hablar un lenguaje similar al castellano, pero con vocablos inmigrantes y acento recitado a lo Goyeneche siguiendo cadencias de Piazzolla o Discepolín. Ciudad lunfarda, desprolija, inolvidable, que de noche recobra nueva vida, como los animales nocturnos, con los ojos bien abiertos en la oscuridad mientras otras ciudades del mundo duermen. Buenos Aires, la reina del Plata, la inventora del tango, la que descubrió y leyó primero *Cien años de soledad*. Buenos Aires, la desmesurada cabeza de Goliat de un país al que en un largo trozo de su historia ignoró, dominó o combatió y la mira a veces con admiración y orgullo pero otras con resentimiento. Una amiga entrañable y desdeñosa cuyo devenir histórico ofrecemos en este libro sin ocultar sus lunares o caprichos, sus glorias o miserias a través de un viaje en su interior que nos marea y consume al mismo tiempo, como si siempre hubiera que pagar un tributo de fuego para nombrarla, para pensarla, para contarla, para vivirla.

Esta es Buenos Aires. La misma que Borges soñó “tan eterna como el agua y aire”.